



Así de contradictorias somos las personas.

O no es contradicción y quizás sí sólo una alternancia de sentimientos — ¿o quizás de emociones? — en la que tan pronto y en un momento dado y a la sombra de un determinado estado de ánimo sentimos añoranza de algo que, en su “ahora”, cuando estuvo ahí, no valoramos demasiado ni tuvimos presagio de que su “no estar” fuese a causarnos una sensación de desgarramiento en tanto que, en otro momento y quizás sin que entre

éste y el anterior esté mediando un periodo de tiempo que justifique el cambio de percepción, aquello se recuerda como viejo y rancio.

Correríamos al cubo de la basura para recuperar el juguete que tiramos hace décadas, sin echar cuenta de que nos deshicimos de él voluntariamente y tan contentos.

O un par de zapatos o un vestido o...

Es un poco aquello de “cualquier tiempo pasado fue mejor”; que no recuerdo quién lo dijo.

Pero no son quizás (o seguro) las cosas sino la carga con que impregnan el recuerdo de qué entonces éramos o imaginábamos estar siendo.

Los cines Alphaville, por ejemplo, que cuando los volvieron a abrir como Golem y fui por primera vez añoré la cortinilla que tanto me irritaba que el último que entrase no volviera a cerrar bien.

Y voy poco, pero tal vez no menos de lo que iría aunque continuaran llamándose Alphaville.

Manipulamos los recuerdos. Sea para denostarlos o para ensalzarlos los manipulamos.

¿O es que los recuerdos nos manipulan?

O, que también puede ser, el que piensa estar añorando o denostando no es el mismo (ni lo fue nunca) que vivió sin imaginar que alguna vez imaginaría estar recordando.